

“Sembradores de campos o pueblos, todos han mirado con reverencia a la tierra como al mayor hecho que existe. No sólo el cielo es la cara de Dios.”

Gabriela Mistral fue una poetisa chilena de fama internacional, tanto que en 1945 se convirtió en la primera mujer iberoamericana en recibir el premio Nobel de Literatura. En uno de sus poemas más famosos, *La Tierra*, esta escritora aborda un tema todavía muy actual como el de **la relación entre el ser humano y la Tierra**, asimilable a la relación entre un hijo y su madre.

A este propósito, Gabriela Mistral considera la tierra, entendida como el lugar donde vivimos, el elemento fundamental que **revela la verdadera identidad del hombre**. Sin ella, la raza humana nunca habría podido nacer y evolucionar: de hecho la tierra nos proporciona el sustento vital, como una madre que da de comer a sus hijos, y también nos acoge, como una cuna que nos mece, y cuando la trabajamos y la cultivamos, nos sentimos partícipes con ella de toda la creación.

Ya a partir de esta breve reflexión, se puede afirmar que la poetisa chilena quiere proponer una **imagen sagrada de la tierra**, junto con una seria preocupación por ella, e incluso podría decirse que **anticipa los movimientos ambientalistas actuales**, añadiendo un aspecto que casi ha desaparecido del todo hoy en día, esto es, el aspecto místico en la relación que hay entre el hombre y el planeta que habita.

En el poema que proponemos, la relación entre un niño indio y la Tierra, escrita con letra mayúscula, muestra el deseo de la poetisa de **hacer reencontrar al hombre americano con la Tierra**, devolviéndole así el alma al suelo, como era en el principio, ya que a causa de la industrialización y la consecuente urbanización, el aspecto telúrico originario del hombre corre el riesgo de desaparecer definitivamente.

## La Tierra

Niño indio, si estás cansado,  
tú te acuestas sobre la Tierra,  
y lo mismo si estás alegre,  
hijo mío, juega con ella...

En la primera estrofa aparecen los dos protagonistas: el niño indio, símbolo de sencillez y también del choque de civilizaciones entre el hombre europeo y los indios. Según el pensamiento de la autora, la culpa del distanciamiento entre los nativos y su tierra se atribuye al hombre europeo, que llegó a América con el único fin de explotar sus territorios. El segundo protagonista es la Tierra misma, que sirve tanto de compañera de juego como de lugar del descanso para el niño: la narradora exhorta al niño a buscar una relación con la Tierra, cualquiera que sea la situación que esté viviendo.

Se oyen cosas maravillosas  
al tambor indio de la Tierra:  
se oye el fuego que sube y baja  
buscando el cielo, y no sosiega.  
Rueda y rueda, se oyen los ríos  
en cascadas que no se cuentan.  
Se oyen mugir los animales;  
se oye el hacha comer la selva.  
Se oyen sonar telares indios.  
Se oyen trillas, se oyen fiestas.

En la segunda estrofa se invita a escuchar un sonido muy especial: el trabajo del hombre relacionado con la Tierra (*hacha* → leñador; *telar* → tejedor; *trilla* → campesino) que, junto con el movimiento incasable del sol, el fluir de los ríos y la presencia de animales, repican en el “tambor indio de la tierra”. Aquí tenemos dos temas: la discriminación a los pueblos originarios y la contaminación del planeta. Se insiste por tanto en el hecho de que los antiguos tenían un lazo más estrecho con la tierra, mientras que hoy hemos desaprendido aquella sabiduría para transformarnos en los peores depredadores.

Donde el indio lo está llamando,  
el tambor indio le contesta,  
y tañe cerca y tañe lejos,  
como el que huye y que regresa...

Se subraya la reciprocidad de la relación entre hombre y tierra: siempre que el indio llama, la tierra contesta, como el tañido del tambor.

Todo lo toma, todo lo carga  
el lomo santo de la Tierra:  
lo que camina, lo que duerme,  
lo que retoza y lo que pena;  
y lleva vivos y lleva muertos  
el tambor indio de la Tierra.

Se resalta el papel fundamental de la Tierra, capaz de sostener todo el peso de la humanidad, expresada ingeniosamente con un juego de contrarios para indicar que todo lo que sucede, sucede sobre una Tierra sagrada y divina que lo soporta todo.

Cuando muera, no llores, hijo:  
pecho a pecho ponte con ella,  
y si sujetas los alientos  
como que todo o nada fueras,  
tú escucharás subir su brazo  
que me tenía y que me entrega,  
y la madre que estaba rota  
tú la verás volver entera.

El poema se cierra de forma dramática, pero a la vez esperanzadora. La voz narradora pide al niño que cuando ella se muera, él no se ponga triste, sino que lo invita a acercarse a la Tierra sujetando el aliento para escuchar mejor. Solo así el niño podrá entender que incluso lo que está muerto y quebrantado, puede volver a la vida gracias a la presencia consoladora de la madre Tierra.

### **Otras sugerencias:**

- *La canción del pirata* (1835) – José de Espronceda  
(De: *En un lugar de la literatura*, De Agostini Scuola, p. 190)
- *Rima LII y Rima LIII de: Rimas* (1871) – Gustavo Adolfo Bécquer  
(De: *En un lugar de la literatura*, De Agostini Scuola, p. 211)
- *Poema CXXV*, de: *Campos de Castilla* (1912) – Antonio Machado  
(De: *En un lugar de la literatura*, De Agostini Scuola, p. 287)